

Algunos días después, la ambulancia sale de Campo Encantado, llevando a Ismael Gómez a su nueva y definitiva morada.

El vértice

Desenlace fatal

La ambulancia ingresa por el enorme portalón del “Instituto Nacional de Salud Mental” y se detiene ante los viejos edificios.

Los enfermeros sacan al tarta, su único ocupante, y este emite sonidos guturales mezclados con palabras casi ininteligibles a causa del copioso llanto.

-¡Por Dios, no hice nada, soy inocente...! Nunca lo lastimaría, ¡lo juro!”. Mientras lo llevan al interior sigue con la cantinela.

-Únicamente endulcé el vino como hacía él, sólo eso. Siempre lo cuidé, yo lo quería, lo quería mucho.

En Campo Encantado.

Una vez más, Benito realiza el delicado trabajo; es su obligación y no debe, ni quiere, fallar. Los resultados son positivos y mejorarán con el tiempo, tiene la absoluta certeza de haber escogido el camino y la técnica adecuados.

La chacrita.

Contaba con dos viviendas precarias; en la de atrás vivió desde tiempo inmemorial el tío Goyo y en la otra, hoy sólo cenizas, el matrimonio con Benito, su único hijo.

Cuando a los siete años, sus padres fallecen en el incendio, queda bajo la tutela de Gregorio, el tío Goyo, hermano de la madre y su único pariente. El viejo ve por los

El mártir.

Los perros ladran enloquecidos. El tarta se despierta y no llega a incorporarse, recibe un terrible culatazo en la nuca, luego el silencio, la nada.

En la cárcel se entera de que Benito murió envenenado hace unas horas. Lloro mucho, él lo quería, era su patrón y mejor amigo. Dentro de su penosa situación la milagrosa recuperación de la negrita, lo consuela y alegra. Reflexiona: “no merecía morir. ¿Morir por los caprichos de semejante loco?”.

Sometido a juicio cuenta todo lo que sabe, justifica su silencio con el terrible miedo que llegó a inspirarle su patrón.

Como los estudios médicos lo declaran inimputable, el Supremo Tribunal resuelve su internación inmediata y permanente en un instituto neuro-psiquiátrico.

-¡Vamos a lincharlo! –grita un sujeto.

Los guardianes de la ley deben esforzarse para contener a la turba y llevarlo a la cárcel.

Leal hasta el fin.

Una sombra avanza sigilosamente amparada por las tinieblas de la noche. Se detiene, estudia los alrededores y al ver que todo sigue en calma, prosigue. Con agilidad felina salta el muro posterior de la comisaría y trepa hasta las ramas más altas de un árbol; desde ahí alcanza la ventanita del calabozo, un pequeño orificio con dos hierros en cruz. Extrae una botella de la mochila y atada a un piolín, la deja caer dentro de la celda. Emite un leve chistido de lechuza, desde la cárcel le responde un sonido similar; desciende de la planta, desanda los pasos hasta la bicicleta escondida y se convierte en una sombra más.

ojos del chico, que anda a su libre albedrío, sin más escuela que la dura vida del hombre de campo con sus pesadas tareas y el viejo criollo como maestro y ejemplo de vida.

Al hacerse mozo el sobrino toma todas las decisiones y responsabilidades y cuando el viejo se retira del trabajo y queda recluido en la casa, realiza las changas que aparecen sin inconvenientes. Comparten el vino y la buena vida, beben sin control y pasan noches enteras disfrutando del chupe y el tabaco. Goyo “chica”¹ sin cesar y Benito arma los cigarros como le viera hacer a su padre cuando niño.

En estas veladas recuerdan la madrugada fatídica del pavoroso incendio y el trágico desenlace. Una idea, tal vez descabellada, obsesiona al anciano sin poder alejarla de su mente. ¡Cuántas madrugadas lo atormenta y desvela ese

¹) Chicar: Mascar tabaco, vicio común de los hombres de campo. N/A.

pensamiento! Desearía estar equivocado, pero una voz interior le grita sin cesar que sus sospechas son fundadas.

-Decime, ¿qué viste o escuchaste esa noche?

-Nada, tío, ya te conté todo. Cuando salí rumbo a tu casa estaban muy contentos, conversando y riendo; creo que tomaban mate. Me parece oír todavía sus carcajadas, ¿de qué reirían tanto?

-Quién sabe, muchacho, por “ay...”.

-Además, están los perros, esa noche ni se mosquearon, hubiesen causado un gran alboroto de andar alguien merodeando. ¿No te parece?

-Y... sí, tenés razón muchacho; yo quedé frito apenas apoyé la cabeza en la almohada y vos, según dijiste, arreglabas algo en el cobertizo.

Tanto va el cántaro...

A medianoche llega un patrullero con dos agentes, Walter sufrió un accidente y desea verlo. Durante el trayecto, las miradas de los policías le dicen que algo anda mal. Frente al nosocomio hay una multitud y apartándose de ella, Walter. El joven policía se acerca y sin mediar palabra, le asesta un puñetazo formidable mientras lo insulta de mala manera. Dos uniformados lo sujetan con firmeza para esposarlo.

-¿Qué demonios pasa, están locos?

-¿Locos? Debería matarte como a un perro sarnoso, mal nacido de mierda. Mi pobre hermana se debate entre la vida y la muerte. Tomó tu agua, no negarás ser el dueño de los bidones, ¿verdad? Hasta tienen escrito tu nombre, además, los conozco de memoria. Al fin sabemos quién es el asesino, el causante de tantas desgracias. ¡¿Quién lo hubiese dicho?!

Ante la pasividad de Calquín, destapa uno para verificar su contenido. El facón penetra por la espalda y el hombre se derrumba sin un gemido.

El cuerpo queda tirado entre los arbustos cercanos.

En torno a la cisterna revolotea un montón de especialistas, estudian por enésima vez cada mata de pasto. Cambia el líquido de un bidón, al otro todavía le queda algo de ácido cuando un pesquisa se lo pide, responde que está por la mitad y debe llenarlo para aprovechar el viaje; el hombre suelta la carcajada y se aleja con un guiño. Agrega agua al ácido hasta completar el contenido y va a la casa de Walter. Otra vez se chasquea, nadie a la vista. Como a la moto le fallan las luces y avanza la oscuridad, partirá de inmediato. Para facilitar el manejo casi a oscuras, deja los recipientes apoyados contra la reja del jardín; los retirará al día siguiente.

-¡Cierto, lo había olvidado! ¡El viejo autito azul! Al otro día lo tiré, no convenía repararlo.

-Hum –el viejo se toma la barbilla-. Juraría que, medio dormido, te sentí marchar para la otra casa. ¿O quizá fue solo un sueño?

-Tal vez el vino te hizo ver y oír lo que no existía. Estuve un buen rato en el galpón y luego me fui a dormir. Desperté de madrugada con tus gritos pidiendo ayuda.

-Sí, nada se pudo hacer. El fuego consumió todo, no me quiero ni acordar. ¡Putra madre, carajo! ¡Qué suerte perra!

El pobre viejo suelta el llanto, se pone de pie con dificultad y camina a los tropezones. Benito, al ver que no es capaz de dar un paso, lo acompaña hasta la cama y casi al instante, bajo los efectos del vino, duerme plácidamente.

Como esa conversación se repite toda vez que el tío chupa, comienza a pergeñar un plan para acallarlo definitivamente. Mil ideas se agitan en su mente, debe aguzar el ingenio para quedar libre de sospechas. Al fin halla la solución, un plan perfecto, ¡magnífico! Le conviene ponerlo en marcha ante mucha gente, cuantos más testigos hubiese, mejor.

¿Accidente?

Domingo por la tarde, finalizan las carreras cuadreras y el anciano monta en Palomo, un añoso caballito. “Tan viejo como el jinete –solía decir su dueño”. Sin embargo, el mancarrón se arrastra a corcovear como un potro reservado, lo derriba y muere desnucado.

Benito, ni lerdo ni perezoso, mete con disimulo la mano bajo el apero y retira un puñado de abrojos causantes de la intempestiva y violenta reacción del animal. El veterinario

Piensa: “El tarta está enterado de todo, sabe demasiado, en la primera de a cambio le pasará como a Goyo, ultimaré los detalles. Total, no tiene a nadie en el mundo, ¿quién lo va a extrañar o llorar? ¡Nadie! Pronto me ocuparé de él. No conviene usar el truco del caballito, quedaría en evidencia, con fuego o agua envenenada pasará otro tanto, ya buscaré algo novedoso. Tendrá el honor de ser honrado como destinatario de mi ingenio.”

Nueva técnica.

Deja la moto en el extremo del parque más alejado del depósito de agua. Imprevistamente aparece el Doctor Bianchi y se dirige a él.

-Hola, joven –su tono es amistoso-. ¿Me permite observar esos recipientes?

indefectiblemente. “¿Qué diferencia a unos de otros? ¿Tal vez la comida, o el agua? ¿No será que...? Tantas visitas...”.

En su soliloquio navega la sospecha. Intensificará la vigilancia en ese sitio, tiene la certeza de ir bien encaminado.

Benito dice una incoherencia tras otra, anda extraviado; su malhumor crece por los continuos desencuentros con la causante de sus pesares.

Ismael casi no habla, es tal su miedo que deambula por los rincones para pasar inadvertido.

-Tarta, voy a traer agua, volveré en un ratito.

Bueno, si te parece bien, voy al pueblo en el sulky, me invitaron unos amigos, mañana a primera hora estaré acá con las compras.

-De acuerdo, hasta luego, entonces.

revisa al equino y ordena sacrificarlo de inmediato, alegando que padeció un ataque de locura temporal y en caso de repetirse provocará una nueva tragedia.

Así acabaron sus vidas tío Goyo y el Palomo. Desde ese momento el joven Calquín² pasa a ser único propietario del campito, liberándose además de las molestas insinuaciones e interrogatorios del viejo. Por fin es dueño y señor de su vida y de sus actos, nadie lo molestará ni deberá seguir manteniendo a semejante vejestorio rezongón, borracho e inservible; sin energías ni ganas de trabajar. Aprendió junto a él los secretos del oficio y ahora usará en su “negocio” todos los esos conocimientos.

2) Calquín: Águila guerrera o águila valiente, en lengua mapuche. N/A.

No obstante, los padecimientos continúan; lo atormentan las vívidas imágenes de las llamas calcinando a sus progenitores. No puede vivir en paz. ¿Hasta cuándo padecerá esa tortura? Recordará mientras viva las palabras de su madre aquella noche, palabras que motivasen su reacción: "... sí, querido, en unos meses nacerá nuestro hijito, ¡qué contento se pondrá Benito al saberlo! Se lo diremos mañana mismo".

"No, no, y no". –Gritó con rabia el niño-. "¡No puede ser...! No debe ser, no quiero que sea. ¿Un hermano...? ¡No, no y no! Todo esto es mío, sólo mío y no lo compartiré. ¡Nadie me lo quitará!".

En un instante tomó la decisión; fue el mayor acierto de su vida. Goyo dormía profundamente cuando puso manos a la obra. Presa de la furia, volvió a la casa del frente dispuesto a todo.

-Vos sabés, lo tiré al agua de un empujón, ahora ya no podrá contar lo que oyó la otra tarde.

-No, no; ni ahora ni antes, ¿no sabías que el pobrecito era sordomudo? ¿No lo sabías, acaso? ¡Qué iba a oír o contar...! ¡Pobre ángel! Tené cuidado o el odio te matará, acabará con vos. Jamás creyó hablar a Benito de esa manera, pero la furia ante tamaña injusticia desató su lengua. El mestizo sale cabizbajo a recorrer el campo, hace eso cuando está furioso o algo lo atormenta.

Muertes e hipótesis.

La situación empeora, ahora le tocó el turno a los animalitos; muchas mascotas enferman de pronto y mueren. Al Doctor Bianchi, eminente Bioquímico le llama la atención lo siguiente: los animales callejeros no enfermaban ni morían, los domésticos, al cuidado de sus dueños, sí; morían

Benito camina lentamente por el parque seguido del niño, que disfruta el exquisito helado. Se aproximan a la pileta, un empellón bastará. Un empujoncito y... al agua.

El tarta reacciona.

La borrachera supera a todas las anteriores juntas, jamás bebió así; al otro día no puede moverse por del dolor.

Sentado bajo una parra, aguarda a Ismael. Está ansioso, quiere contarle la aventura con el chico. Como su compañero demora, va al pueblo, lo consumen la impaciencia y los nervios. En una esquina ve un corrillo de gente cuchicheando y se aproxima, pero en ese instante disuelven la reunión y queda en ayunas. Está furioso, necesita saber qué fue del chico, posiblemente el tarta le tenga novedades.

Ve a Ismael en el patio con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado. Se sienta a su lado.

El siniestro, ¿primer accidente?

Trabó la manija de la puerta y, como el peso era excesivo, arrastró desde el galpón hasta la vivienda una lata grande con kerosene, arrojó parte del contenido contra las paredes de madera y la puerta y el resto lo tiró adentro por una ventanita. Controló lo hecho. ¡Todo perfecto! Inició el fuego y se fue sin mirar atrás.

Cuando Goyo comenzó a gritar pidiendo socorro se despertó y acudió presuroso, conocía de antemano lo ocurrido y el inevitable resultado; los viejos estaban irremisiblemente perdidos. Pensó: “ahora son sólo un montón de cenizas, ya no existen”. Yo los condené y mi voluntad basta y sobra. ¿Remordimientos? ¡Ni loco...!

No olvidará aquella noche, ni se arrepentirá de lo hecho. Lo merecían. ¡Faltaba más, hacerle eso a él!

Disfruta de una desahogada posición económica pero sufre un permanente martirio: noches interminables en vela, borracheras de antología, intensos delirios y los fantasmas del pasado que lo persiguen implacables. Siempre lo mismo: las dantescas llamas, gemidos de dolor y alaridos espeluznantes.

¿Hasta cuándo?

Trabajos.

Benito Calquín, mestizo de veinticuatro años recién cumplidos, es un muchachote fornido, trabajador como el que más, con mil ocupaciones y otros tantos vicios. Comienza reparando alambradas o tendiendo nuevas, oficio ancestral heredado y con el tiempo se convierte en un hábil cazador. Innumerable cantidad de liebres, zorros, iguanas, comadrejas, hurones o cuanto bicho ande, vuela y se arrastre por el campo (además de terneros, corderos o cerdos ajenos), son presas seguras para sus trampas y perros.

mil, si hace falta. Volaré el pueblo entero, entero, ¿sabés? – Grita como un poseído-. Eliminaré a ese mal nacido de Cacho.

En su euforia no repara en unos pibitos que andan con las gomeras cazando pájaros. Al verlos se pone verde y sale a buscarlos sin suerte.

-¿Viste, Ismael? Ese pibito de mierda de la gorra escuchó todo, tomaré mis recaudos antes de que hable por ahí.

-¿Habrá oído?, –dice el tarta-, no creo.

-Yo no estaría tan seguro.

Casi llegando la noche Benito monta rigurosa guardia en el parque del club; ya desesperaba de tener éxito cuando lo ve cerca del puesto de los helados. El mismo pibe, la misma gorra, no hay duda, es él. Se acerca como al descuido y le ofrece un helado, el chico asiente con un gesto y señala en la pizarra el gusto de su preferencia.

ranchito, un paraíso. ¡Uy! Olvidé que el tarta me necesita esta mañana, chau.

Parte como una exhalación. Maldice en todos los idiomas su mala suerte. No tendrá otra oportunidad semejante, menos mal que jamás se sabrá, ni en sueños, lo ocurrido.

Los investigadores recorren calles, negocios y casas, indagan a cada vecino, las respuestas son invariables: “no vimos ni sabemos nada”.

Confusión.

Días después del atentado, mientras toman mate a media tarde (algo rarísimo en ellos), comentan los pormenores de la explosión.

-Cómo imaginar que esa noche suspenderían la reunión esos hijos de... Calculá, yo hice volar la casa. Sí, coloqué garrafa y manguera, todo. ¡Soy un genio! Volé la casa y volaré

Con los años llega a dominar a la perfección antiguos procedimientos criollos de sobados y curtidos, modernos tratamientos peleteros y, por último, se especializa como soguero³. Por tal motivo puede decirse que la caza constituye su principal fuente de ingresos. En el pequeño taller produce primorosos artículos muy apreciados que los clientes le sacan de las manos casi de inmediato.

El empleado.

Para evitar la soledad contrata como ayudante a Ismael Gómez, el “tarta”, muchachón de pocas luces, peón de albañil de dedicación esporádica. “Y, tienen que hacer como yo, escaparle al laburo”, -repite tartamudeando. Prefiere mil veces la botella a la pala, el balde, la cuchara de albañil u otra herramienta. Ahora es su ladero, cómplice de incontables

³) Soguero: profesión bastante común del hombre de campo, consistente en la confección de artículos de cuero: riendas, bozales, lazos, etc. N/A.

fechorías; compañero ideal e insustituible de borracheras y aventuras. Cometan pequeños hurtos, mayormente en la zona rural. Raterías de menor cuantía, por lo general de escaso o nulo provecho pecuniario. Respecto a esa “profesión”, pregonan con orgullo: “la gallina tiene mejor sabor si es robada”.

Éstos son los protagonistas fundamentales de nuestra historia. Benito, una bestia que no mira día ni hora; agacha la cabeza y se desloma trabajando. Su compañero, como contrapartida, le esquiva el bulto a cualquier tarea, sólo le interesa la cocina y, como todo obrero de la construcción, es un excelente asador.

Cuando Benito trabaja en la curtiembre observa sin perder detalle, quiere aprender el oficio de su maestro, a quien admira profundamente, por él daría la vida sin vacilar. El joven mestizo es incansable. Trabaja a toda hora: contratado por

-¿Qué tal, cómo va todo?, –pregunta ansioso.

-Bien, bueno, en realidad hay novedades y de las gordas...

-¿Qué pasó, algún accidente?

-No sé si debemos calificarlo de tal.

¿Por...? –su intriga aumenta.

-Anoche explotó una casa, para colmo, pegada a los depósitos de una estación de servicio.

-No jodás.

-Es cierto, afortunadamente estaba vacía. Las paredes quedaron con un metro de altura, o menos.

¡A la flauta! Mejor me voy, cada vez da más miedo este pueblo –manifiesta con sorna-, con lo tranquilo que es mi

Va cantando, esa noche disfrutará el vino como nunca, será la borrachera más grande de su vida, la ha ganado, tiene que festejar. Como Ismael pasa la noche con unos amigos bebe en soledad.

Según la lógica, el gas se esparcirá por todos los rincones y a cierta hora, al encender un cigarrillo, arrancar la heladera o cualquier ínfima chispa, volarán en mil pedazos la casa y sus ocupantes.

Sabotaje y consecuencias.

Por la mañana, bien temprano, llega Ismael desde el centro con carne y vituallas para festejar el grato acontecimiento, pero no dice una palabra del asunto. Benito no aguanta más, tal es su ansiedad que va al pueblo llevando los bidones vacíos. Ante la casa, putea al no hallar a Gabriela y cuando pateo la moto para ponerla en marcha aparece Walter.

terceros, en su pequeña chacra cercana al pueblo y en la curtiembre o talabartería. Suele alternar esos quehaceres con otros en el parque municipal, según él, más importantes.

Hizo creer a todo el mundo, incluyendo al tarta, que el pozo de la chacra se desmoronó; excusa perfecta para evitar sospechas por sus continuas visitas al depósito municipal de agua potable. Por eso manifiesta que hasta tener el aljibe en condiciones, seguirá llevándola del pueblo. Para lavar y trabajar los cueros, abrevar los escasos animales y bañarse cada muerte de obispo, la lagunita cercana basta y sobra. Tiene el agua muy turbia, pero... para esos menesteres, es óptima.

En el cobertizo de la curtiembre hay un armario desvencijado con frascos, bidones, latas, cajas y herramientas. Benito prohibió terminantemente a su empleado tomar objeto alguno. “¡Ojo, tarta! Ni te le acerqués –fue la orden tajante-,

pobre de vos si te pesco algún día hurgando en él o merodeando cerca siquiera”.

Ismael, sumiso, asiente con la cabeza.

-¿Sabés qué pasa? Hay de todo, ácidos para pelar cueros y pieles, otros para ablandarlos y suavizar su textura –el muchacho escucha embobado-, hasta ese almíbar exquisito que uso para endulzar el vino blanco del postre, ¿te acordás? Sólo yo conozco sus propiedades y sé qué puede ocurrir en caso de error. Por eso repito, ¡ni te arrimés! ¿Estamos?

-De acuerdo, Benito; ese mueble ya no existe para mí.

El patrón con gesto brusco, ata dos bidones al recado del caballo y se marcha. Llega al pueblo cayendo la noche, la creciente oscuridad lo oculta en su seno. Mira alrededor precavido, nadie a la vista. Por un respiradero introduce el ácido contenido en los recipientes, los enjuaga y llena de agua

papeles húmedos para sellar las rendijas. Sin fallas, todo a la perfección.

El viernes.

Benito, amparado por la penumbra nocturna, se mete en un terreno baldío lleno de maleza y sube al techo más cercano. Lleva una garrafa de diez Kg. robada esa tarde, un trozo de manguera de igual procedencia y una mochila con papeles y demás elementos que puede necesitar. Apostado en el lugar escogido, junto a la claraboya del baño, agacha la cabeza para pasar inadvertido y espera la hora propicia. A las nueve y media echa a rodar su mortífero plan. Introduce la manguera por un resquicio de la claraboya, rellena con papeles húmedos las pequeñas grietas para evitar fugas de gas, abre la llave de la garrafa y se marcha feliz y contento.

-¿Cómo...? -grita el contendiente.

-Usted mencionó eso –agrega el hombre de prensa sin amilanarse-, mi expresión sobre el vértice alude, precisamente, al punto en común, de unión, de coincidencia, confluyente o concomitante, si prefieren. Tengo más sinónimos.

Los asistentes rieron espontáneamente por la magistral respuesta, explícita, simple y precisa.

-Ni una palabra más –agrega el Inspector Principal Barrientos-, desde ahora y atendiendo a la frase del joven, denominaremos al caso “Operativo Vértice”.

Preparativos.

¡Ah, el viernes por la noche! Faltan dos días...

Fiel a su costumbre de no dejar cabos sueltos, repasa mil veces cada detalle. Garrafa, manguera y un puñado de

potable... ¿potable? Luego, con la tranquilidad de conciencia de quien obra bien, más la satisfacción del deber cumplido, emprende el regreso. Ismael tiene el churrasco a punto y lo disfrutan a pleno, regándolo con un buen vino de damajuana y al final, aparece el famoso blanco especial previamente endulzado (la miel de un frasco es el misterioso elixir).

Reina el terror. Muertes... ¿Naturales?

Campo Encantado es un caos debido a una serie de recientes acontecimientos graves y desconcertantes; imposibles de entender y menos aún, de explicar. Cunde el miedo, la población vive momentos de intensa zozobra, fuerzas demoníacas muy poderosas parecen haberse ensañado con la pequeña localidad. Tras dos partos normales anteriores en el campo, como ahora surgen complicaciones, la embarazada es trasladada al hospital para evitar inconvenientes.

Lleva varios días internada, los resultados de exámenes y análisis son excelentes y para mayor alegría, el domingo recibe la visita de su esposo con las dos criaturas.

Amaneciendo el lunes la paciente presenta un cuadro desconcertante: alta temperatura, hipertensión, temblores y dolores abdominales con náuseas.

Cuando el ginecólogo llega, es tarde.

-Muerte natural, –certifica, no muy convencido.

La noche del viernes un forastero se hospeda en uno de los hoteles, Dice ser viajante de comercio y ésta su primera visita a Campo Encantado.

-Señor –pregunta solícito el camarero-, ¿desea cenar?

reuniéndose en un saloncito del municipio y luego pasan a las instalaciones de uno de los clubes, con mayor espacio y comodidades.

Todo técnico puede presentar una hipótesis, las estudiarán y luego trabajarán basados en las más factibles.

-Es probable que la mayoría de los casos siga un patrón –dice uno-, desde esa perspectiva quizá demos con la punta del ovillo.

-Claro –alega Mili, reconocido periodista-, busquemos el vértice y así...

-¿Qué vértice? No estamos en clase de geometría, me parece –retruca burlón el sujeto.

-Por supuesto que no. Tampoco de costura, para buscar “la punta del ovillo”.

varias jornadas de campamento; pero deben interrumpirlo por una extraña enfermedad. Casi todos son hospitalizados con intensos dolores de cabeza y vientre, vómitos y diarreas. Algunos, pese a los cuidados recibidos, se agravan y durante la semana fallecen dos.

Reacciones.

Ante hechos tan catastróficos, las autoridades locales, desorientadas por completo, solicitan ayuda a la provincia, que envía un laboratorio científico itinerante con un plantel de médicos y bioquímicos altamente calificados. Llega también una brigada de investigaciones criminalísticas para dilucidar el origen de tantas y tan extrañas defunciones.

Los especialistas convocan a los pobladores, quieren saber lo más posible sobre estos enigmáticos decesos, evaluar los pasos a seguir y precauciones a adoptar. Comienzan

-No, gracias, comí algo en el club mirando el partido. Eso sí, le ruego que me despierten a las tres y media, debo tomar un micro y no quisiera perderlo.

-De acuerdo, señor, tomo debida nota.

Casi sobre la hora el huésped pide un té negro, amargo y sin galletitas. Lo bebe deprisa, agarra el portafolio y se retira.

Benito está muy alegre; la “negrita” parece aceptar sus galanteos, en las últimas visitas a Walter lo convidó con mate, es un buen síntoma.

Esa tarde prepara la moto nueva, acaba de comprarla y nadie la conoce, invitará a la chica a dar una vuelta, tal vez acepte. A pesar de ser policía (bichos a los que odia a muerte), se hizo amigo de Walter, hermano de Gabriela, la negrita. Así, con la excusa del miliquito va seguido a la casa y puede verla.

Además, combina muchas visitas a “su novia” con los operativos del agua y mata dos pájaros de un tiro.

El guarda del micro mira la hoja de ruta y recuenta los pasajeros. “¡Sobra uno!”. En la última butaca duerme quien debió descender y no lo hizo. Va a despertarlo y se lleva un susto mayúsculo. Está helado, rígido; con la fría y definitiva rigidez impuesta por la muerte.

Desagradable sorpresa.

Llega con la moto. La negrita, según su hermano, visita a los abuelos en un poblado vecino. Da un par de vueltas por el centro mascullando su rabia y de repente, la ve. Sí, es ella, sentada en el salón del Club Social (el de los ricos nariz-parada) junto a Cacho, hijo del terrateniente más importante de la región. “Este tipo me las pagará, las pagará todas juntas. ¡Lo juro! –ciego de bronca se muerde los labios hasta que brota

condiciones en que están descartan de plano las hipótesis de sueño o fatiga.

-Sufrió un ataque de “bradicardia” –concluye el médico legista, refiriéndose al conductor-. El paciente en ese estado, sin una adecuada e inmediata atención, rara vez sobrevive.

Calquín sabe, por comentarios, que su rival se reúne cada tanto con amigos para cenar y jugar a las cartas. Entre las demás actividades, vende leña, un anciano cliente pide que se la lleve antes del viernes, esa noche debe asar para los muchachos.

Espera impaciente ese día, uno de los más felices de su vida. La negrita será suya. ¡Sólo suya!

Siguen...

Otro desgraciado suceso golpea brutalmente por esos días a la comunidad. Un grupo de muchachones comparte

Benito arriba al pueblo a media tarde, quiere realizar ciertas comprobaciones. “Los más grandes estrategas -piensa en importantes militares y se compara con ellos- recomiendan reconocer el terreno antes de cada batalla, eso haré”.

Estudia los edificios próximos y sonríe complacido. “Un juego de niños, solo me falta averiguar la fecha”.

El accidente se produce a quince kilómetros del pueblo. De inmediato es activado el operativo de rescate y salvamento: bomberos, policías, médico forense y fotógrafo aparecen en un santiamén.

-El automóvil –manifiesta el jefe de bomberos- salió de la cinta asfáltica a gran velocidad e impactó contra ese enorme árbol. No hay sobrevivientes.

A simple vista advierten: un termo, el mate aún caliente y un montón de masitas desparramadas. Estos elementos y las

sangre-, no sabe con quién se mete este nene de mamá. ¡Hijo de remil...!”.

Vuelve hecho una furia y sentado en el piso del cobertizo, toma, toma y toma hasta perder el sentido. Casi amaneciendo, el tarta, tanto o más borracho que él, le tira una manta encima; esa madrugada hace un frío atroz.

¿Otra?

La niña juega con su muñeca en el parque del Club Recreativo, la deja unos instantes sobre un banco y va a saludar a unas amiguitas que acaban de llegar. Cuando regresa a buscar la muñequita, no está, ha desaparecido. Pasa la tarde amargada, esperando... “Tal vez sea la broma de algún chico – piensa”. Comienza a oscurecer y tiene miedo, no queda un alma cerca del natatorio ni en todo el predio; sólo ella y unos muchachos, allá, lejos, en la cancha de tenis. El joven sale

sonriente detrás de un árbol con la muñeca en la mano y se la ofrece. Cuando la criaturita va a tomarla le propina tal empujón que la arroja a la pileta. ¡Nadie oyó sus gritos!

Al día siguiente la noticia estremeció a los habitantes de la localidad. “¡Qué terrible accidente, pobrecita –dice una vecina-, una niñita tan buena y tan linda!”.

En la chacra, entre bocado y bocado, Benito narra el hecho muerto de risa.

-Vieras cómo cayó... disfruté sobremanera su cara de terror, llevaba tiempo sin divertirme así.

Ismael guarda silencio, no puede seguir comiendo, se le atraganta la comida. Detesta esas actitudes de su compañero, sin embargo se cuida muy bien de manifestarlo, no debe poner la cabeza en la boca del león, es peligrosísimo hacerlo.

Un susto mayúsculo.

deshidratado, famélico y con evidentes síntomas de hipotermia, parece un cadáver. Pasó muchas horas sin agua ni alimentos y casi desnudo.

Hay más...

Comienza a seguir los movimientos de Cacho. Quiere acabar con él cuanto antes, es perentorio hacerlo. “No imagina lo que le espera –piensa-, tan inocentón. ¡Pobrecito!”.

La familia de turistas (un matrimonio con su hijito y el padre de la mujer) vuelve de las vacaciones. Paran en una estación de servicio y mientras les cargan combustible descenden unos minutos del coche para estirar las piernas. Compran galletitas, renuevan el agua del termo y prosiguen la marcha. Por fortuna ese domingo la ruta parece desierta y podrán circular sin sobresaltos.

–esta idea refuerza su convicción y lo consuela-, se apoyan en sospechas infundadas, sólo eso tienen”.

Llega Walter y al enterarse de la situación habla con sus superiores.

-El asesino prófugo tan intensamente buscado cayó abatido hace tres días en un enfrentamiento, lejos de aquí. El hombre que tienen en el calabozo...

-Pero... este joven... -comenzó el Inspector.

-Es un vecino poco conocido de la zona rural, algo taciturno y raro, pero excelente persona.

Benito recupera de inmediato la libertad y retorna a su vida normal. Recorre los campos cercanos en busca de Ismael sin encontrar el menor rastro; recién en la segunda jornada, Lucas, su mejor perro rastreador, da con él. Está acurrucado en estado de inconsciencia entre los pajonales de una cañada,

Por esos días, en sus fallidos intentos de ver a Gabriela, realiza varios “aportes” a la cisterna comunal. Está recogiendo agua y un sonido familiar para un eximio cazador como él, profana el silencio nocturnal, son disparos de un arma de fuego de alta potencia.

-¡Alto, policía! –El enérgico grito lo paraliza.

-Manos arriba y de rodillas, ¡vamos! Al fin te atrapamos, ¡maldito criminal! Llevamos casi un mes siguiendo tus pasos.

La luz del potente reflector lo enceguece, deja los bidones en el suelo, levanta los brazos y se arrodilla. Un uniformado lo esposó, le colocan el chaleco protector y la capucha...

Está perdido. “Me habrá visto alguien –piensa-. ¿Cómo les miento ahora? No podré, jamás imaginé que llegaría este momento”.

-Disfrutaste mucho con cada muerte –dice un vozarrón-, ¿verdad, maldito?

El gigantesco agente rubrica la palabra con la acción y le asesta un terrible golpe en la espalda que lo derriba de bruces.

-Con nuestro tratamiento preferencial cantarás hasta La Marsellesa, vas a ver.

Lo dejan a solas con sus pensamientos, táctica común utilizada para minar la resistencia del reo. Se incrementa su miedo. Walter, que quizá podría ayudarle, está lejos cumpliendo una misión especial. El tarta se entera de lo ocurrido y piensa: “apresaron a Benito y vendrán a buscarme

en cualquier momento, tengo que escapar urgente”. Junta algunas cosas atropelladamente, monta en un ruin jamelgo sin ensillar y huye. Cabalga hacia lo desconocido... la cuestión es alejarse cuanto antes.

Es interrogado día y noche para doblegar su voluntad, quieren que hable y él se encierra cada vez más en su mutismo, jamás saldrá de sus labios una palabra auto-incriminatoria, que investiguen.

“¿Qué hubiese ocurrido si me halla la patrulla con los líquidos? –Un escalofrío surca su espalda-. No quiero ni pensarlo”.

Los días transcurren lentos, con cada uno se incrementa su temor, y al mismo tiempo, aumenta la esperanza. “Están dando golpes a ciegas, si tuviesen pruebas apurarían el trámite